

Avueltas con la Guerra de la Independencia

Antonio Moliner

Universidad Autónoma de Barcelona

Se acerca la celebración del Bicentenario de la Guerra de la Independencia y es lógico que vayan apareciendo obras de historiadores españoles o extranjeros sobre el tema. Siempre esta guerra acaparó la atención de numerosos historiadores, tanto o más que la Guerra Civil de 1936-1939. Desde el siglo XIX cuando se construyó el Estado-Nación, el punto de mira siempre se puso en la Guerra de la Independencia de 1808-1814, periodo donde se presumía arrancaba el inicio de España como nación abierta hacia la modernidad¹.

Si las guerras han servido a lo largo de la historia para cohesionar a los pueblos y naciones, ésta lo fue también, de manera que no hay en nuestra historia contemporánea un periodo de tanta vitalidad de cara a la reafirmación de la unidad de la nación española a partir de los distintos pueblos que la han conformado históricamente. Incluso los dos territorios con características más particulares desde el punto de vista histórico, como son Cataluña y el País Vasco, en esos momentos se identificaron plenamente con el resto de las regiones y se sintieron «españoles» puesto que solo en la reafirmación de su unidad podían conseguir liberarse del ejército invasor. En definitiva, su suerte estaba echada y discurrió por el mismo camino que el resto de territorios. Enfrentarse con un enemigo exterior como era Napoleón y su imperio no permitía otras posibilidades para su misma supervivencia. Aunque

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación HUM2005-01118/HIST, del Ministerio de Educación y Ciencia.

se constata también que este periodo de la historia nunca ha sido el tema estrella en la historiografía catalana y vasca, centrada más en el estudio del desarrollo del fenómeno de sus nacionalismos respectivos.

La misma denominación de la guerra que han utilizado los historiadores y las distintas corrientes historiográficas difiere según los rasgos que se quieran destacar en la misma. La historiografía liberal la calificó muy pronto como «Guerra de la Independencia», dándole un contenido romántico: la lucha de un pueblo contra un ejército invasor que busca la libertad e independencia de su territorio. En este caso, la guerra y la revolución son dos fenómenos concomitantes, tal como aparecen en las obras de Álvaro Flórez Estrada (*Introducción para la historia de la revolución de España*, Londres, 1810); José Clemente Carnicero (*Historia razonada de los principales sucesos de la gloriosa revolución de España*, Madrid, 1814-1815) o la clásica del conde de Toreno (*Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, 1835-1837).

Por su parte, en tiempos de Fernando VII se adoptó el término de guerra napoleónica, que pone el énfasis en el carácter puramente dinástico que tuvo la contienda. Dentro de la historiografía francesa (Grandmaison, Georges Roux, Sarramon) también se utiliza la denominación de «guerra napoleónica de España» (expansión del imperio francés), que se inscribe en el contexto internacional de las coaliciones contra Napoleón. En Gran Bretaña (W. F. P. Napier, Ch. Oman o el más actual Ch. Esdaile² y otros), se utiliza la denominación de «guerra peninsular», para destacar la ayuda fundamental que supuso la intervención de los ejércitos de Wellington y también de Portugal para la victoria de España. Dos historiadores españoles de referencia obligada en esta temática al referirse a esta guerra resaltan dos de sus componentes básicos: la «guerra popular» (Miguel Artola) y la «guerra nacional» (José María Jover Zamora)³.

Todavía la denominación más usual entre los historiadores españoles es la de «Guerra de la Independencia», utilizada durante la mis-

² OMAN, Ch.: *History of the Pensinsular War*, 7 vols., Oxford, Clarendon Press, 1902-1930; ESDAILE, Ch.: *Spanish Army in the Peninsular War*, Manchester University Press, 1988.

³ ARTOLA, M.: *La España de Fernando VII*, t. XXXII de la *Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, 1978; JOVER ZAMORA, J. M.: «La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación», en *Historia de la Guerra*, vol. 1, Zaragoza, 1958.

ma contienda en numerosas obras, entre ellas la del teniente coronel de origen catalán Francisco Xavier Cabanes⁴, y sobre todo en algunas proclamas, manifiestos y panfletos de la época, tendentes a conseguir la unidad en la lucha de todos los españoles patriotas, aun a pesar de las diferencias ostensibles que había entre ellos.

José Álvarez Junco exagera un tanto al señalar que tal denominación es una invención posterior al periodo de la guerra⁵. Sí ciertamente que la utilización de este concepto fue tomando mayor cuerpo durante las discusiones de las Cortes del Trienio Liberal en 1821-1822, relacionándolo entonces con el proceso de independencia de las colonias americanas. Posteriormente se fue incorporando de forma usual al lenguaje de los publicistas y de los historiadores a partir de 1844 con la publicación de la obra homónima del que fuera redactor del periódico progresista *El Espectador*, Miguel Agustín Príncipe. Huelga decir que dicha expresión se convirtió en la piedra angular del nacionalismo español a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando se consolidó el Estado-Nación. Y en mito reiterado, utilizado incluso durante la Guerra Civil de 1936-1939 por ambos bandos contendientes y después por el régimen franquista.

En el ámbito catalán, desde Jaume Vicens Vives se ha impuesto la denominación más popular de «guerra del francés», que expresa al mismo tiempo la diversidad de conflictos que coexisten dentro de la misma guerra⁶. También a nivel popular y entre algunos historiadores de ámbito castellano se ha utilizado siempre la expresión «la francesa» para referirse a esta guerra.

Sí tenemos presente lo que dio de sí la celebración del Primer Centenario de la Guerra de la Independencia, cuando España estaba sumida en una profunda crisis de identidad tras los desastres del 98, y la del ciento cincuenta aniversario (1958) en plena dictadura franquista, es de desear que ahora el tono y el talante de las celebraciones se desarrollen desde una perspectiva diferente. Aunque, en medio de

⁴ CABANES, F. X.: *Historia de las operaciones del Ejército de Cataluña en la Guerra de la usurpación, o sea de la Independencia de España. Campaña Primera. Por el Teniente Coronel (...)*, Tarragona, en la imprenta de la Gazeta, año de 1813.

⁵ ÁLVAREZ JUNCO, J.: «La invención de la guerra de la Independencia», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 12 (1994), pp. 75-99; *id.*: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2002, cap. III, pp. 119-186.

⁶ FONTANA, J.: «Guerra del francés, Guerra de la independencia, Guerra napoleónica: ¿Qüestió de noms o de conceptes?», *L'Aveng*, 113 (1988), pp. 22-25.

la crispación que reina hoy en la calle, atizada desde ciertas tribunas periodísticas, tertulias radiofónicas y de televisión, y desde determinadas posiciones políticas, es muy posible que también se instrumentalice la celebración del Bicentenario para obtener réditos políticos electorales, despreciando el trabajo de los historiadores e investigadores a quienes corresponde la tarea de hacer comprensible los entresijos de esta guerra, no solo a sus colegas sino al público deseoso de conocer su historia.

Hace unos años (1994) se creó una organización, la Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia (AEGI), que ha llevado a cabo una labor encomiable en el aspecto científico, a través de la organización de diversos congresos, entre ellos el de Zaragoza (1997)⁷, Pamplona (2001)⁸, Málaga (2002)⁹ y Barcelona (2005)¹⁰, además del proyectado en Pamplona-Tudela para noviembre de 2007, en el que colaboran también el Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (creado en 2005) y la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra. Fruto del congreso de Pamplona ha sido la publicación de una obra fundamental e indispensable para la investigación, las *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, coordinada por Francisco Miranda Rubio. También se deben señalar los cinco seminarios (2003-2007) organizados por la AEGI y el Instituto de Historia y Cultura Militar de Madrid, cuyas conferencias se han ido publicando en diversos números extraordinarios de la *Revista de Historia Militar* del citado Instituto y editada por el Ministerio de Defensa.

Otras aportaciones importantes han sido las presentadas al Coloquio Internacional organizado por la Casa de Velázquez de Madrid en noviembre de 2005, coordinado por los hispanistas S. Michonneau, Ch. Demange, P. Géral, R. Hocquellet y M. Salgues. Su temática en torno a «Mito y memorias de la Guerra de la Independencia en

⁷ ARMILLAS VICENTE, J. A. (coord.): *La Guerra de la Independencia. Estudios*, 2 vols., Zaragoza, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte e Institución Fernando El Católico, 2001.

⁸ MIRANDA RUBIO, F. (coord.): *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, Pamplona, Ediciones Eunat, 2002.

⁹ MARION REDER, G., y MENDOZA GARCÍA, E. (coords.): *La Guerra de la Independencia en Málaga y su provincia (1808-1814)*, Málaga, Servicio de Publicaciones, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2005.

¹⁰ MOLINER PRADA, A. (coord.): *Ocupació i resistència a la Guerra del francès (1808-1814)*, 2 vols., Pre-Actas, Museu d'Història de Catalunya, 2005.

España (1808-1908)» introdujo una moderna visión en el tratamiento de la guerra a partir de planteamientos novedosos en la investigación a desarrollar: la gestión de la memoria de la guerra por sus actores; conmemorar la guerra; memoria y cultura políticas en el siglo XIX; cultura y memoria de guerra (apropiación, difusión, usos); y las guerras de Independencia en el fundamento del sentimiento nacional.

Las tres obras publicadas más recientes que vamos a comentar responden a un interés actual de plantear una vez más la temática general de la Guerra de la Independencia: para señalar aquellos aspectos que nunca pasan de moda, a pesar de las coyunturas políticas vividas, postura que encarna la obra de José Manuel Cuenca Toribio¹¹; para revisar sus planteamientos tradicionales, dando una visión más social de la guerra, vista desde abajo como se señala en la obra de Ronald Fraser¹², o para intentar desmitificar en su caso el tema estelar de la guerrilla, en el trabajo de Charles J. Esdaile¹³.

José Manuel Cuenca conocido historiador experto en la historia de la Iglesia de España (siglo XIX) y que ha publicado numerosas obras —entre otras las que tienen como objeto el estudio de la historia contemporánea de Andalucía—, resalta en la obra que comentamos de «alta divulgación» las dos corrientes principales en las que se han centrado los estudios sobre la Guerra de la Independencia en la modernidad, las obras de Federico Suárez Verdager y de Miguel Artola, este último con un número mayor de adeptos y seguidores que el primero. La cuestión más crucial que se esconde en el debate actual sobre la Guerra de la Independencia es —a su juicio— si el nacimiento de España como nación hay que inscribirlo «en los registros notariales de las Cortes de Cádiz» o «en los de los escribanos medievales»¹⁴.

Se trata de una apretada síntesis en la que se hace una relación detallada de las principales cuestiones que siempre han interesado e

¹¹ CUENCA TORIBIO, J. M.: *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo (1808-1814)*, Madrid, Editorial Encuentro, 2006.

¹² FRASER, R.: *La maldita Guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Crítica, Barcelona, 2006. La edición en inglés, titulada *To die in Spain. Popular Resistance in the Peninsular War*, aunque es igual, no incluye algunos aspectos que el autor ha creído conveniente introducir en la edición española por ser de mayor interés para el público hispano.

¹³ ESADIALE, Ch.: *España contra Napoleón. Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*, Barcelona, Crítica, 2006. El título original en inglés es *Fighting Napoleon Guerrillas, Bandits and Adventurers in Spain 1808-1814*.

¹⁴ CUENCA TORIBIO, J. M.: *op. cit.*, p. 10.

interesan a cualquier historiador o investigador de este periodo histórico crucial de la historia de España. El profesor Cuenca conoce perfectamente tanto los trabajos clásicos como las aportaciones más recientes, y la información que da en las notas es impresionante. En ocho apretados capítulos, abigarrados de epítetos al referirse a los distintos historiadores, encierra sus tesis principales: el comienzo de la crisis; la guerra, su conducción y actores; la evolución bélica; de las Juntas a las Cortes; las Cortes de Cádiz; la España josefina; la vida cotidiana en la España desgarrada; el retorno del rey y el epílogo.

Cuenca se sitúa siempre dentro de las cuestiones más debatidas, en el centro del huracán, y pone su contrapunto. Ante la polémica sobre la valoración de Godoy, que en la actualidad diversos historiadores reivindicán numerosas facetas de su gestión, considera exagerado situarlo como «la postrera figura de “las Luces” en la cúpula del Estado» (p. 12). El 2 de mayo representaría el concepto y el hecho de la nacionalidad española, «confirmación mítica y hasta casi sacralizada, de su identidad profunda» (p. 30), y el papel desarrollado por las élites o por las clases populares en el levantamiento explicaría la visión de la historia posterior de España según las distintas escuelas historiográficas.

El autor compara las capacidades militares de franceses, ingleses y españoles y analiza el papel de la guerrilla. Si el protagonismo de Wellington y sus ejércitos es indudable en esta guerra, más aún si cabe la tiene el maltrecho ejército español que ofreció «una sorprendente facultad de resistencia, jamás quebrada» (p. 47). Y junto a ello, la aportación del ejército portugués tantas veces denodada en la misma historiografía hispana (p. 53). Todavía hoy en muchos aspectos vivimos los españoles de espaldas a Portugal, incluso los que nos dedicamos al estudio de la historia, a excepción de algunos pocos profesionales, entre ellos Cuenca, Enric Ucelay Da Cal e Hipólito de la Torre Gómez. Y frente a la «exageración desmedida» de algunos historiadores del fenómeno de la desertión, la realidad de los hechos se impone y es tozuda: «el pueblo español no cejó de nutrir, más que de grado que por fuerza, las unidades de un Ejército regular que en ningún momento se dio por vencido al sentirse eco y portavoz en los campos de batalla de una vieja nación para la que la independencia era el valor supremo» (p. 67). Algún error cronológico se le escapa al autor al hablar de las acciones bélicas, pues sitúa la primera batalla del Bruc el 7 de junio de 1808, cuando fue en realidad el día anterior.

El vacío de poder creado por la invasión napoleónica genera unos cambios políticos de hondo calado en el país: la formación de las Juntas, después la Junta Central, cuya vida está llena de múltiples peripecias en continuas controversias y enfrentamientos que le llevaron a su fracaso, y la convocatoria de las Cortes. En cualquier caso, niega el autor que el levantamiento de 1808 se asemeje a una revolución; solo en contados casos hubo una violencia desatada contra algunas de las autoridades antiguas. Al tratar de las Juntas, entre ellas las de Cataluña que no tuvieron un sesgo particular, como ya demostré en varios trabajos hace años, Cuenca ve impensable otras tradiciones políticas tan importantes que existieron en la España del siglo XIX, como las del republicanismo. Probablemente la exclusión de cualquier otro planteamiento diferenciado del impuesto como ortodoxia oficial en el siglo XIX impide a este autor entender las diferentes visiones que coexisten ya sobre España en aquel siglo, sobre todo desde la periferia. En mi humilde opinión no es pura invención del presente como insinúa: «Situados hodierno en otra vertiente temporal, pese a los avances de la disciplina, el paradigma historiográfico no ha variado substancialmente, lo que en parte explica la sugestión ejercida por el episodio de las Juntas en las generaciones historiográficas más modernas, sobre las que influyen quizá ya en medida superior las cuestiones más candentes de la actualidad política y cultural de un país en permanente y algo atosigante búsqueda de su identidad» (p. 145). Y más adelante concluye que «el mito de la revolución liberal construido por la historiografía progresista» tuvo después su continuación en la segunda mitad del novecientos por el de la revolución burguesa (p. 132).

El proceso de las Cortes gaditanas, su gestación, su difícil trayectoria y su legado es objeto de un análisis detallado. La pregunta crucial es si entre la Ilustración y el liberalismo hay una ruptura o no. ¿Hunde el primer liberalismo hispano nacido en las Cortes gaditanas sus raíces en el legado setecentista? Para Cuenca la hipótesis más razonable es la de la evolución del programa reformista ilustrado que tuvo su desembocadura natural en Cádiz. No hay por tanto ninguna ruptura: «Si la nación constitucional, la España de los ciudadanos — de la que gran número de los habitantes de la Península al día de la fecha hacen arrancar su patriotismo y condición española — fue posible, a la estrecha filiación de los hombres de Cádiz con sus predecesores ilustrados se debe» (p. 205).

Cuenca reivindica en sus justos términos la Constitución gaditana, la «nación de ciudadanos», y concluye con una afirmación tremendista, que las diatribas actuales pueden dar al traste con una de las más antiguas y consolidadas naciones del mundo: «Desdichadamente, las querellas hodiernas deturpan sin piedad el respeto debido a la obra de Cádiz. Así, mientras los defensores radicales de la “nación de ciudadanos” suelen escogerse entre muy reciclados partidarios de totalitarismos fenecidos y hoy de una monarquía parlamentaria amenazada por el desbordamiento imparable de los nacionalismos fundamentalistas, éstos, a su vez, enaltecidos, en ocasiones a través de una vía paradójica, por estudiosos apegados a la concepción orgánica y tradicional de la nación española... Por supuesto, no fue culpa de los buenos diputados gaditanos la interesada confusión que en la actualidad se ve envuelta la Carta Magna, parteada con ilusión y esperanza inigualables» (p. 225).

Finalmente, Cuenca hace una valoración muy ajustada sobre la España josefina, el gobierno y la administración josefinos y el fenómeno del afrancesamiento, y da unas pinceladas sobre la temática de mayor actualidad, la vida cotidiana, para acabar con «la vuelta del rey», aunque elude el tema del «golpe de Estado». En el epílogo traza un balance historiográfico apretado de las distintas visiones de la guerra así como de la celebración del primer centenario hasta nuestros días.

Un libro lleno de interrogantes y matices, a veces planteados a la contra, escrito en un estilo barroco en ocasiones de no fácil lectura, que en el fondo se alinea con las tesis más tradicionales, las de siempre mantenidas por la historiografía oficial y por la Academia de la Historia. Es incomprensible que a pesar de que se incluya en el libro un índice onomástico no haya una referencia explícita a la bibliografía utilizada en él.

Distinto cariz tiene el libro de Ronald Fraser, conocido por su clásica obra sobre la Guerra Civil (*Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*), trabajo de reconstrucción de la memoria colectiva a través de la historia oral, que tuvo mucho éxito entre los historiadores hace treinta años porque inauguró una nueva manera de encarar el estudio de la Guerra Civil. Ahora el autor intenta desentrañar los entresijos de otra contienda vista desde abajo y, por tanto, su preocupación va más allá de lo establecido por la historia tradicional y la visión oficial, centrada principalmente en el estudio de las grandes figuras militares y polí-

ticas, y da paso a las masas, cuantos sufrieron y murieron en la guerra. Las fuentes principales en este estudio, además de las clásicas (Alcalá Galiano, Blanco White, Calvo de Rozas, Antonio de Capmany, Escolquiz, Espoz y Mina, Bartolomé Gallardo, lord Holland, Jovellanos, Quintana, Schépelér y otros), son principalmente los diarios y memorias, muchos de ellos anónimos, que nos dan una visión más real de la guerra y que hasta hoy habían sido muy poco explotados por los historiadores. No obstante, su fragmentación y escasos documentos existentes le han obligado «a crear nuevas fuentes, a veces en forma de base de datos, construidas a partir de fragmentos para poder explorar aspectos importantes sobre la resistencia y los cambios sociales (o la falta de ellos) que la guerra produjo (o perpetuó)» (p. XXVII). Aquí radicaría la parte más discutible de la obra, porque a falta de documentos hay que suplirlos haciendo proyecciones, estimaciones y también «elucubraciones» con mucha imaginación, por lo que se debe señalar que siempre serán aproximaciones bien intencionadas e hipótesis para entender lo que fue en realidad la guerra, repleta de una gran complejidad.

Desde esta nueva perspectiva, Fraser reconstruye en su relato los principales hitos de la contienda dando voz y vida a sus ejecutores, preocupado por señalar las bases sociales, por ejemplo, los artesanos y chisperos que participaron en el combate del Dos de Mayo en Madrid, o las mujeres que participaron en la defensa de Barcelona o de Girona, o la historia de un capitán de infantería que fue enviado en misión secreta al Madrid ocupado, o el fraile agente secreto de Napoleón, que llegó a escribir una novela anticlerical que se difundió por toda Europa.

En definitiva, su preocupación principal ha sido transmitir al lector el modo en que el conflicto fue vivido por las clases populares. Hubiera dado todo el autor —como insinúa— por llegar a entrevistar a algún superviviente. Por esa chispa de realidad que envuelve sus páginas, la obra no se hace monótona y las descripciones tienen fuerza y vida que arrastran al lector. Sin embargo, en ocasiones la ligazón entre los distintos capítulos no está totalmente lograda. Demasiadas historias particulares, que aparecen un tanto deslavazadas y sin un hilo conductor claro.

En todo caso, se evita el estudio de los aspectos militares, por ser ya muy conocidos, a excepción de las grandes batallas, y el libro se centra más en los dos primeros años de la guerra, de 1808 a 1810, los

más trágicos en sufrimiento y en pérdida de vidas humanas. También se rehúye el debate político, que a menudo dificulta el conocimiento de una realidad tan compleja y poliédrica como fue la Guerra de la Independencia.

La riqueza de fuentes directas empleadas permite que sea una obra bien hecha y muy bien documentada. El lector aprende numerosos aspectos y matices regionales o locales que no aparecen en ninguna obra de conjunto de las publicadas hasta hoy. El libro está estructurado en 18 partes con 29 capítulos que sirven de guía para el lector: España y sus relaciones con Francia; prolegómenos de la guerra; los primeros disparos de guerra; la declaración de guerra: el levantamiento nacional; el nuevo autogobierno: las Juntas; las primeras victorias y las primeras derrotas: lecciones de guerra popular; soldados en el frente y conflicto rural en la retaguardia; patria y nación: un gobierno nacional patriótico; la ofensiva napoleónica de 1808; luchas populares de liberación territorial: Galicia y Cataluña; la Iglesia en guerra; orígenes de la guerrilla; de la victoria de Talavera a la rendición suprema; 1808-1811; el ejército invisible: éxitos y fracasos de la guerrilla; 1812-1814 y victoria militar y derrota política.

Cierran la obra cinco apéndices que muestran el gran interés de Fraser por cuantificar y hacer más comprensible algunos de los fenómenos sociales de mayor alcance que tuvieron lugar en esta guerra. En el primer cuadro se desmenuza el levantamiento del Dos de Mayo madrileño en cuanto a sus componentes, combatientes identificados por ocupación, sexo, bajas y ejecuciones francesas, a partir de las fuentes y estudios realizados por diferentes autores. En el apéndice segundo se visualiza la composición social de los miembros de 29 de las primeras juntas, y se muestra cómo la nobleza recuperó en estas nuevas instituciones una parte de su antiguo poder político. El apéndice tercero está dedicado a contemplar los cambios sociales populares, el aumento de la alfabetización en el segmento de la población entre los 16 y 20 años a partir de los alistamientos llevados a cabo en Morón de la Frontera (Cádiz) e Igualada (Barcelona) con diferencias ostensibles, y el fenómeno de la ilegitimidad observada en dichos alistamientos. Otras dos cuestiones que trata el autor son la observancia religiosa a través de las actuaciones del Tribunal de la Inquisición, para averiguar si durante el periodo de la guerra se produjo un cambio significativo, y la temática relativa a las concepciones en tiempo de Cuaresma, cuyas variaciones observadas fueron mínimas. El apén-

dice 4 establece una base de datos de 751 guerrilleros con el fin de construir su perfil social, su número y su distribución por regiones. Datos estadísticos que son muy útiles para reconstruir y analizar el movimiento guerrillero, que fue básico en esta contienda, y que en algunos puntos son discrepantes con los aportados por Charles J. Esdaile. Finalmente, en el apéndice 5 se analizan los costes humanos de la guerra a partir de los numerosos estudios regionales realizados. Las estimaciones, que hay que tomar con mucha cautela, pueden servir como punto de partida y de debate para completar en la medida de lo posible la cuantificación real de los muertos y no nacidos en la Guerra de la Independencia.

Mirada así la Guerra de la Independencia, ésta aparece mucho más prosaica y alejada de los grandes mitos que la historiografía liberal construyó en el siglo XIX y fueron utilizados en épocas posteriores como en el franquismo: la resistencia popular contra el agresor foráneo ya no era contra el francés, sino contra el comunismo y la conspiración judeomasónica internacional, en defensa de los valores eternos que sirvieron de motor en la Guerra de la Independencia y que el mismo dictador quiso que encarnaran otra vez España.

Desde la perspectiva que analiza Fraser, la guerra descubre en su interior una pesada carga que gravitó sobre el pueblo: la muerte, la enfermedad (como la epidemia de 1809), el hambre (como el de 1811-1812), la destrucción de las cosechas, la requisa de víveres, la deserción, el miedo y la violencia ejercida por los ejércitos y las mismas partidas y guerrillas. Al final siempre aparece el cansancio de la población en una guerra que fue muy larga y duró seis años. La contienda, que tenía al principio objetivos patrióticos y nacionales, fue derivando sin duda hacia actitudes más prosaicas, como la defensa de lo inmediato, la familia, los bienes, la tierra y la supervivencia individual por encima de todo.

No es fácil construir una historia social de la Guerra de la Independencia de ámbito nacional. Este libro lo intenta, y aunque tiene muchas limitaciones como se han indicado, constituye un punto de partida y es una buena herramienta para el estudio y debate entre los historiadores que se dedican a la temática de la Guerra de la Independencia. Un extraordinario índice alfabético, la bibliografía utilizada y la breve cronología que se incluye en el libro permiten al lector y al investigador un uso racional y ajustado de lo que debe ser todo libro científico.

La obra de Charles J. Esdaile, catedrático de Historia en la Universidad de Liverpool, se inscribe dentro de la corriente revisionista extrema y desmitificadora de los grandes paradigmas que hasta hoy han explicado el tema estelar de la «guerrilla» en la Guerra de la Independencia. El libro en el fondo es provocador y busca la polémica. Escrito en un tono apasionado, muy lejos de la flema inglesa tradicional, se sitúa al abordar el tema de las guerrillas en el extremo contrario del tradicional.

En el prólogo aparece con suma claridad el objeto de su estudio, revisar todo lo que se ha escrito sobre el tema de la guerrilla en la Guerra de la Independencia, que la visión tradicional según este autor confunde con «la guerra del pueblo». La perspectiva es interesante, sobre todo porque Esdaile utiliza numerosa documentación archivística poco analizada desde esta nueva perspectiva. Es verdad que no todo se puede reducir a patriotismo: «nuestro estudio podría considerarse un ejercicio de revisionismo de un tema que ha sido dominado durante mucho tiempo por el mito y la propaganda» (pp. 13-14). Coincido plenamente con el autor que una de las mejores obras que se han publicado en los últimos años son sin duda los trabajos de Jorge Sánchez Fernández sobre la guerrilla vallisoletana¹⁵.

El libro está estructurado en seis capítulos: la guerrilla en la historia; la guerrilla en la guerra; la guerrilla en su contexto; los orígenes de la guerrilla; la realidad de la guerrilla; el final de la guerrilla; y una conclusión. Ni que decir tiene que este libro es el comienzo de un estudio mucho más amplio que desde hace ya muchos años ha iniciado Esdaile en sus frecuentes estancias en España.

Desde la nueva perspectiva en la que se sitúa el autor llega a afirmaciones tan contundentes que ningún historiador hispano de los que hace décadas venimos trabajando en esta temática nos atreveríamos a hacer. Que las guerrillas (mejor sería hablar del fenómeno guerrillero, lo que es más poliédrico y ajustado a la realidad) fueran explotadas por el Romanticismo del siglo XIX o por los historiadores de influencia marxista en la época contemporánea, de ello no se puede deducir en ningún caso que «el aspecto tradicional de la guerrilla

¹⁵ SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J.: *La guerrilla vallisoletana, 1808-1814*, Valladolid, 1997; *id.*: *¡Nos invaden! Guerrilla y represión en Valladolid durante la guerra de la Independencia española, 1808-1814*, Valladolid, 2000.

contiene una fuerte inclinación a lo artificial, cuando no es totalmente falso» (p. 19). O la insinuación de que los historiadores progresistas, preocupados por «reinsertar al pueblo en el proceso histórico» y «preocupados por encomiar el heroísmo popular», han aceptado la idea de la oposición unánime del pueblo español a Napoleón, llegando a identificar algunos a las guerrillas con «una revolución social», en la línea de la violencia tradicional de la sociedad rural (el «rebelde primitivo»), cuna del anarquismo (pp. 55-56).

Las conclusiones que el autor extrae después de todas las matizaciones introducidas van en el mismo sentido. De la aversión a las quintas o del fenómeno de la desertión —que no fue tan diferente al de los otros escenarios de las guerras napoleónicas—, o de los tumultos que se produjeron en algunos lugares por la conscripción obligatoria, no se puede deducir que hubo «un rechazo generalizado del pueblo español a participar en la guerra contra Napoleón» p. 336). Si no, ¿cómo se explicaría la imagen que tienen los franceses por ejemplo de Cataluña, cuando afirmaban que no controlaban el territorio y que tras cada catalán se escondía un enemigo suyo?

Que dentro de las guerrillas existieran «individuos desesperados» no es óbice para concluir que nunca contaron con el apoyo de elementos civiles en los pueblos. Si es un fenómeno complejo, como al final reconoce el propio Esdaile, no se puede dibujar otra imagen tan deformadora como la que produjo el Romanticismo o ha mitificado la tradición española. Cuantos historiadores hemos abordado con suma honestidad intelectual el fenómeno de la guerrilla no podemos estar de acuerdo con la afirmación que hace el autor al final de este libro (a Dios gracias que todavía visitamos periódicamente nuestros archivos para documentarnos al efecto): «Más que luchadores libertarios de leyenda, aparecen como un fenómeno muy complejo cuyo impacto militar se ha exagerado sobremanera merced a una combinación de pensamientos confusos, sesgada política y fracaso en la utilización de todas las fuentes primarias a disposición de los historiadores» (p. 341).

Esperar de los guerrilleros de entonces que fueran los ejecutores en medio de la guerra de una revolución social en España es una auténtica quimera. Y pensar que los guerrilleros eran todos ellos unos bandidos y que su *leit motiv* era solo el económico, el enriquecimiento personal, es distorsionar la realidad y simplificarla totalmente. Sin duda sus acciones se dirigieron a defender lo propio, lo mismo que

hizo la gente común que vivió bajo la opresión y violencia que produce todo conflicto bélico, y se dedicaron por encima de todo a subsistir como fuera.

La guerrilla surgió cuando se produjo la ocupación del territorio. Se convirtió también en un modo de vida, muchas veces al margen de la ley, para la población rural que era muy numerosa y se vio privada de sus bienes y de sus ganados. Muchos campesinos acabaron en la guerrilla para no prestar o por haberse visto obligados a prestar el servicio de bagajes. Por ello el fenómeno guerrillero no se puede entender si no se enmarca dentro de los movimientos sociales de resistencia que se produjeron tras el fenómeno de la ocupación napoleónica en Europa. Si algo caracterizó a los guerrilleros en España fue su negativa a aceptar lo que se presentó entonces como algo inevitable, las abdicaciones de Bayona, como hicieron tantos otros militares, los miembros de las Juntas, los políticos gaditanos y más aún los eclesiásticos que con sus sermones incendiarios extendieron la llama de la rebelión por toda España¹⁶.

Algunos de estos hombres y mujeres tomaron las armas para combatir a los franceses en las zonas ocupadas y se unieron de forma voluntaria o forzada al Ejército regular, pero también otros combatieron a los franceses en su propio territorio al margen de los ejércitos. Su situación, pues, fue variando a lo largo de esos seis años y muchos de los guerrilleros acabaron integrados en el ejército a través de los distintos reglamentos de la Junta Central y del Consejo de Regencia.

Tal como hicieron el ejército anglo-portugués y español al frente de la resistencia y el ejército imperial napoleónico ocupante, que tuvieron que sobrevivir sobre el terreno para poder combatir, igual hicieron las partidas y guerrilleros, que actuaron en muchas ocasiones al modo de los bandoleros. De ahí que sea difícil deslindar el fenómeno guerrillero del banditaje, como he puesto de manifiesto reiteradamente en mis investigaciones centradas principalmente en el ámbito catalán¹⁷. Pero de ello no se puede concluir y afirmar, como hace

¹⁶ CASSINELLO PÉREZ, A.: *Los guerrilleros*. Coloquio sobre la guerrilla organizado por el Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, mayo (2006). (Los textos del debate se publicarán en un número extraordinario de la *Revista de Historia Militar* en 2007.)

¹⁷ MOLINER PRADA, A.: *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004, pp. 196-218; *id.*: «L'organització de la resistència a Cata-

Charles J. Esdaile en esta obra, que las guerrillas no estaban conformadas por grupos de «patriotas» sino que se trataba de bandas de bandoleros, desertores y oportunistas que aprovecharon la ocasión para medrar durante la guerra contra Napoleón.

A estas alturas no se puede dudar de la contribución de los guerrilleros para impedir la ocupación del territorio, puesto que mantuvieron la llama de la insurrección y el espíritu de resistencia en las zonas conquistadas, y en la medida en que disputaron a los ocupantes los recursos naturales y la autoridad sobre las zonas rurales, el fenómeno guerrillero impidió que el poder napoleónico se implantara con normalidad entre la población española en aquellos territorios que pudieron controlar.

En definitiva, tan equivocada es la tesis de la unanimidad patriótica del movimiento guerrillero tantas veces mitificada (como símbolo del «pueblo o la nación en armas»), que prescinde o soslaya el fenómeno social del bandidaje o de la desertión, como la contraria, que reduce a los guerrilleros a simples bandidos o delincuentes comunes. En todo caso, lo que no se puede cuestionar es que, a pesar de los continuos fracasos del ejército español en los peores momentos, cuando ya estaba todo perdido, tras las batallas del Ebro, Ocaña o Valencia, nunca se rindieron el ejército regular y los guerrilleros y volvieron a resurgir de sus mismas cenizas.

Ni todos los guerrilleros fueron santos ni todos bandidos u oportunistas. Hay que ver su origen social, familiar, sus ideas, sus actuaciones. No existe un prototipo de guerrillero sino muchas variedades, con sus cualidades y sus defectos: ambición, odio, individualismo, resentimiento, venganza, lealtad, abnegación, sacrificio, entrega, subordinación a su jefe, etcétera. No todos los guerrilleros fueron iguales; algunos tenían grandes ideales, otros, por sus actuaciones, están cercanos al bandolerismo. Por tanto, no existe un modelo unitario de guerrilla ni sus móviles fueron siempre los mismos, pero mientras hubo guerrilla hubo resistencia, es decir, el no sometimiento a José I y por tanto el fracaso de Napoleón en España, que a la postre había sido él quien había iniciado la contienda.

Que debe realizarse un estudio sobre la resistencia popular napoleónica desde otra perspectiva que la tradicional es obvio y necesario,

lunya en la Guerra del francés», en MOLINER PRADA, A. (coord.): *Ocupació i resistència...*, op. cit., vol. I, pp. 33-70.

y estoy totalmente de acuerdo con el autor. Pero antes habrá que definir lo que entendemos por guerrilla o guerrillero, concretar ambos términos y después se podrán confeccionar bases de datos objetivas y fiables para comprender el alcance del fenómeno guerrillero en la Guerra de la Independencia.